

17 de abril de 1981

Hola, ¿diario? Marlene me regaló esta especie de cuaderno hace unos meses, por mi decimoctavo cumpleaños, a sabiendas de que este sería el único regalo que recibiría en ese día. No ha sido hasta ahora que me he decidido a escribir en él. Marlene es la psicoterapeuta que me asignó la trabajadora social que lleva mi caso. Desde que mamá murió hace cuatro años, comencé a tener problemas de conducta. Según ella, presento un cuadro depresivo con sentimientos de tristeza, pérdida, ira y frustración. Lo que Marlene no sabe es que mucho antes de la muerte de mamá, ya algo en mi cabeza no andaba bien.

CAPÍTULO 1

21 de diciembre de 2002

Tenía las manos entumecidas por el frío que hacía esa mañana. Papá había decidido que esas Navidades las pasáramos en Castle Combe, un pequeño pueblo de Wiltshire de apenas trescientos habitantes, así que ahí estábamos Luke y yo, ayudando sin ninguna gana a cargar el coche para poner rumbo a nuestras vacaciones navideñas.

No es que no me hiciera ilusión pasar las vacaciones con mi familia, pero entre pasarlas con ellos en medio de un pueblo alejado de la mano de Dios, o ir a la fiesta de cumpleaños que daba mi amiga Alice, creo que la respuesta estaba clara.

—¿Falta mucho para llegar? Me hago pis —preguntó Luke.

—¡No me lo puedo creer! ¡Pero si acabamos de salir de casa! —le espeté más enfadada de lo normal.

—Eliza, no le hables así a tu hermano —me regañó mamá—. Robert, para en la primera estación que veas. Así aprovecho y compro unas revistas.

Con Luke la batalla estaba siempre perdida, se suponía que la mayor era yo y él solo un mocoso de once años, pero me sacaba de quicio ver cómo siempre le daban la razón en todo.

Mamá me había contado que ese año papá necesitaba que nuestras Navidades fueran más íntimas. Había estado muy agobiado los últimos meses con su empleo en el concesionario, y necesitaba un descanso. Cierto era que lo veía más triste y callado que de costumbre, pero a esa edad yo no solía preocuparme por ese tipo de cosas. Con dieciocho años, ¿quién lo hace?

—¿No bajas con tu madre y tu hermano? —me preguntó papá mirándome por el espejo retrovisor cuando paramos en la estación de servicio.

—No tengo ganas —solté con voz de enfadada—, además quiero que lleguemos cuanto antes al pueblo.

Mi enfado fue a menos a medida que nos fuimos adentrando en el pueblo, con sus preciosas casas de piedra y su río, parecía un pueblo de cuento. Apenas había gente, supongo que por la época y por las bajas temperaturas. Si queríamos estar tranquilos y relajados, habíamos ido al lugar indicado.

Cuando llegamos a nuestro destino nos quedamos completamente impresionados, la casa estaba cubierta de piedra ancha y tejado de pizarra y en la parte delantera se veía una hermosa planta trepadora, que le daba un aire mucho más rural a la casa.

Esperándonos en la entrada estaban los Rogers, Will y su esposa Bárbara. Los dueños de la casa no iban a poder darnos la bienvenida, así que pidieron a los Rogers el favor de recibirnos en su lugar. Él daba un poco de miedo, tenía el semblante serio y parecía tener problemas en un ojo, daba la impresión de ser mayor a pesar de que rondaba la misma edad de papá. No tardó en darse cuenta en como Luke y yo le mirábamos.

—Tranquilos chicos, he dejado hoy el ojo bueno en el taller. Este es de sustitución —dijo muy serio.

Enseguida notaron nuestras caras de asombro, pues todos comenzaron a reír a carcajadas y nosotros seguíamos sin entender nada.

—Es una broma, no pongáis esa cara. El ojo lo perdí hace ya varios años en un accidente laboral, en la fábrica de hierro en la que trabajaba. Este, aunque da un poco de miedo, al menos consigue disimular un poco el desastre —dijo mientras le revolvía con su mano el pelo a Luke.

Nos contaron que antiguamente la propiedad había sido una caballeriza de establos y la finca había sido construida en 1750 por el Duque de Beaufort. Ahora restaurada, contaba con un amplio jardín con adoquines de piedra y parrilla, y una especie de caseta color marrón para las herramientas de jardinería a un lado de la vivienda. En el interior, la vivienda tenía tres habitaciones y cuatro baños, cosa que me alegró, ya que iba a ser la primera vez que iba a poder tener un baño para mí solita. La cocina era sencilla pero muy bonita, equipada con muebles blancos. El salón comedor era de estilo rústico, con chimenea y el piso de piedra. El techo era completamente de madera oscura con cuatro vigas que lo cruzaban de un lado a otro. Los muebles que decoraban la estancia eran de una bonita madera de nogal, además de un cómodo sofá *beige*. Mi dormitorio tenía una gran cama con una colcha floral muy bonita, una televisión, baño privado y un banquito precioso debajo de la ventana en el que poder pasar horas mirando las bonitas vistas. Lo mejor de todo, era que los dueños de la casa nos la habían decorado con adornos navideños, árbol, luces y guirnalda. No faltaba un solo detalle.

Para cenar, mamá nos preparó un guiso. La temperatura exterior rondaba los cuatro grados y caía una ligera llovizna. El calor de la chimenea hacía de ese hogar, un lugar acogedor. Una vez sentados en la mesa, empezamos a hablar de nuestras cosas.

—Gillian, cariño, este guiso está delicioso. Me sienta fatal, que estando de vacaciones, te tengas que seguir encargando de la cocina. A partir de mañana nos repartiremos las tareas —dijo papá.

—No es ninguna molestia, Robert. Ya sabes que me encanta cocinar, aunque nunca viene mal que te ayuden —contestó sonriendo, pero con los ojos algo tristes.

Para ser sincera, hasta esa noche no me había dado cuenta del vacío que escondían esos ojos, mamá había apartado todos sus sueños para atendernos a nosotros tres. Su vida consistía en atender todas y cada una de nuestras necesidades. Se quedó embarazada muy joven. Como era de esperar en aquella época, no tardaron en casarse. Acabó la universidad, pero tuvo que dejar de trabajar para cuidar de nosotros. Su vida ha sido la nuestra: niños, comidas, cenas, colegio, actividades, llantos, rabietas, marido y la casa.

Así que esa noche, me dio por pensar. Hasta ese momento no me había percatado de lo posiblemente infeliz que era ella, y en lo enormemente egoísta que habíamos sido nosotros.

5 de mayo de 1981

Se supone que tengo que usar este diario como una vía de escape. Una especie de retrete en el que vomitar todas mis mierdas... pues allá vamos.

Cuando cumplí la mayoría de edad no me sentí de manera diferente, al contrario de lo que yo pensaba. Mi vida sigue dando el mismo asco. Desde que murió mamá, el comportamiento de papá conmigo ha empeorado. Intento estar en casa lo menos posible, pero, aun así, es inevitable que tengamos encontronazos.

A veces, cuando lo veo borracho y tirado en el suelo encima de su propia orina, consigue darme algo de pena. Pero luego recuerdo las palizas que le daba a mamá, los insultos y las quemaduras que me hacía en el brazo con el cigarrillo, y se me pasa ese instante de ternura. Cada día duermo peor. Intento controlar mis impulsos, esa hambre que nace desde mis entrañas, pero se me está haciendo muy difícil. Sé que soy un monstruo, lo he sabido siempre, lo que intento es mantenerlo dormido.

